

EL QUEHACER TEOLOGICO

DE «IGLESIA VIVA» Por ANTONIO DUATO y F. JAVIER VITORIA

IGLESIA VIVA no ha sido ajena al quehacer teológico español de los dos últimos decenios. Sus páginas han recogido trabajos de la mayoría de los pensadores cristianos españoles, y sus planteamientos temáticos han provocado, sin duda alguna, su pensar y «el esfuerzo del concepto».

Igualmente, se siente corresponsable del *hacia dónde* de la teología española. Esta revista ha contribuido a la diversificación del panorama teológico español, y ha intentado ejercer una influencia real en algunos sectores de la Iglesia española. Su presencia en el ámbito del pensamiento cristiano hacía operante, así, un proyecto teológico fundacional, que ha mantenido con fidelidad, aunque lo haya sucesivamente actualizado y releído a tenor de las nuevas circunstancias sociales y eclesiales que situaban la vida de los españoles.

A nosotros nos toca ahora explicitar este proyecto, describir su realización histórica y señalar modestamente algunas líneas de futuro para la teología española. Lo haremos tratando de ser fieles al pensamiento de los compañeros del Consejo de Dirección de IGLESIA VIVA. Sin embargo, asumimos con exclusiva responsabilidad la autoría de este texto.

1. EL FRUTO DE UNA EXPERIENCIA DE FE: LA PRETENSION TEOLOGICA DE «IGLESIA VIVA»

IGLESIA VIVA vio la luz en 1966 como Revista de Pensamiento Cristiano. Sus ciento treinta y dos números son el mejor testimonio de su presencia en medio de los avatares históricos de uno de los períodos más apasionantes, tanto para la sociedad como para la Iglesia españolas. Durante más de veinte años ha pretendido, como rezaba la declaración de su primer Consejo de Dirección (número 1, 1966, páginas 3-7), «contribuir a difundir entre nosotros la costumbre de *pensar con serenidad y con rigor* nuestros modos concretos de vivir el cristianismo, revisarlos, examinarlos por dentro y por fuera, para que *el pensamiento cumpla su misión suprema de iluminar y aclarar la vida*».

Pero esta pretensión no fue fruto exclusivo de una ocurrencia más o menos lúcida de un grupo de creyentes. El Concilio Vaticano II constituyó la matriz eclesial de la propuesta originante de IGLESIA VIVA. Aquella experiencia epocal y colectiva de fe supuso algo así como el acontecimiento carismático fundacional de IGLESIA VIVA. Su origen, sus objetivos, su concepción del saber y su misma peripecia editorial reciben de él la provocación originante, el norte orientador, el talante propio y la fuerza para la travesía histórica.

La experiencia del Concilio trajo consigo una lección muy importante que IGLESIA VIVA se propuso no olvidar jamás: «el carácter dinámico y evolutivo del ser consciente de la Iglesia». Ello significaba asumir como propios dos de los procedimientos conciliares más relevantes:

- hacer «de la renovación y de la reforma de la Iglesia su principal tarea»;
- escrutar «los “signos de los tiempos” como indicador de las actuales exigencias de Dios y de nuestras concretas responsabilidades».

A partir de aquí IGLESIA VIVA elabora una concepción *militante, inculcada y transformadora* del saber teológico. A través de él quiere estar modestamente *presente* «a la hora crítica de realizar el Concilio en esta porción de la Iglesia universal que somos los católicos españoles». Y *contribuir operativamente* a que el Concilio sea «el principio de una amplia y profunda renovación teológica, desde la alta cátedra de nuestras universidades hasta el sencillo adoctrinamiento de la homilía y de la catequesis».

Esta comprensión la conduce a *superar* una concepción *elitista* y *academista* de la teología, que «se resigna a vivir en los salones de la esgrima intelectual», y se concibe «como un deporte intelectual que se recrea en las definiciones y en la dialéctica». La teología, por el contrario, debe estar atenta a lo que ocurre en el fondo de la experiencia humana y creyente, histórica y colectiva, y «beber» en ella. «Es preciso conocer —se decía en la presentación del primer número de la revista, que estamos comentando—, lo más exactamente posible, el pulso y las características de nuestros cristianos, de nuestras parroquias, de la Iglesia de España entera. Descubrir con objetividad y con amor sus valores y sus deficiencias». Y desde esta toma de contacto con la experiencia colectiva e histórica de los creyentes, como servicio eclesial, «contribuir al enriquecimiento de la fe, iluminar los modos de vivirla, descubrir las corruptelas naturalistas que se filtran sin cesar en la fe y en las costumbres». Y también «proponer remedios, formular metas posibles y deseables».

En resumen: IGLESIA VIVA concibe su proyecto teológico como *un pensar histórico, que se inserta en una realidad socio-eclesial concreta, y que opera transformaciones en ella*. Así pretende colaborar a que la teología cumpla con «la misión gravísima de aclarar el contenido de la fe y las exigencias de la caridad en unas circunstancias concretas, siempre cambiantes, que piden la atención y el esfuerzo constante».

Además, el talante de este proyecto teológico recibe su impronta de las tres dimensiones fundamentales del movimiento conciliar de renovación: la identidad cristiana, la renovación de la Iglesia, el diálogo con el mundo y su transformación. Ellas configuran los tres ejes claves del pensamiento de IGLESIA VIVA:

- *el servicio a la identidad cristiana*, que difunde y amplía la «mentalidad teológica conciliar», que al «incorporar a la vida de la Iglesia los más sólidos resultados de los afanes desplegados en el conocimiento de las fuentes cristianas... ha buscado una comprensión más profunda de su propio misterio».
- *el servicio a la eclesialidad de la fe*, que conduce a «la renovación de la Iglesia misma en sus elementos internos y externos, individuales y colectivos, administrativos y espirituales».
- *el servicio a la cultura actual*, que entabla «a fondo un diálogo con el mundo circundante», se toma en serio y trata de comprender mejor los movimientos intelectuales y sociales de nuestro tiempo, con el fin de «llegar a un mayor conocimiento mutuo y a un mutuo respeto», y

así poder ejercer fructuosamente la misión de anunciarle el **evangelio** de la Salud.

Por último, el mismo hecho conciliar se reflejará en el modo como IGLESIA VIVA quiere realizar su tarea teológica. El Concilio, máxima realización sinodal de la estructura eclesial de comunión, confiere a esta revista una vocación de diálogo y convergencia, es decir: *una manera peculiar de entender interdisciplinariamente* la elaboración del pensamiento cristiano. Así nace «como *punto de convergencia* del trabajo y los anhelos de varios grupos de profesores, clérigos y laicos». Y al mismo tiempo convoca «a pastores, doctores y simples cristianos militantes de la acción y el pensamiento». También las cosmovisiones no cristianas e incluso increíbles son invitadas a la mesa de la tarea común.

IGLESIA VIVA es consciente de que este diálogo es fecundo para el pensar creyente. El Concilio le enseñó que no sólo «los largos años de estudios bíblicos y patrísticos», sino también «los difíciles contactos con los pensadores contemporáneos profundamente alejados del cristianismo han hecho posibles, y necesarios, los riquísimos textos conciliares rebosantes de sabiduría y de prudencia». Durante más de una veintena de años la mesa de su Consejo de Dirección ha querido permanecer fiel a esta vocación de convergencia y de diálogo interdisciplinar, tanto cuando ha «extremado las cautelas para evitar equivocaciones y desviamientos» como cuando se ha apartado de «una actitud recelosa y reservada respecto a lo que son los verdaderos caminos de renovación abiertos y recomendados por el Concilio».

Este proyecto se convirtió en programa de acción y se puso a trabajar. Creemos que durante todo este tiempo la presencia de IGLESIA VIVA en la sociedad y en la Iglesia ha intentado ser fiel al *camino buscado* de hacer teología, más allá de las virtudes y defectos que toda obra humana acarrea.

Comprobar cómo este *opus operantis* se convirtió paulatina e históricamente en *opus operatum* es la tarea que nos toca abordar en la segunda parte de nuestro trabajo.

2. EL HACER TEOLOGICO EN LA HISTORIA DE «IGLESIA VIVA»

Hace casi seis años, con ocasión del número 100, IGLESIA VIVA hizo una revisión de su trayectoria histórica, publicando sobre el tema dos estudios y varios testimonios (100, 1982). Alguien sugirió en aquella ocasión que la metodología teológica y la línea de pensamiento cristiano seguida por IGLESIA VIVA, bien podrían ser objeto de una tesis doctoral. Ahí está la sugerencia.

Los que escribimos este texto no fuimos de los fundadores de IGLESIA VIVA ni estuvimos presentes en la elaboración de los primeros números. Y lo que sí podemos decir, por experiencia, es que la lectura de la mayor parte de artículos de números atrasados cobra hoy un interés y significatividad muy especial. Y que es una pena que no se estructure mejor y se difunda el *corpus* doctrinal y la lucidez metodológica que está impregnando esta colección desde el número 1.º

No se trata ahora de hacer este amplio estudio ni de repetir lo escrito en el referido número 100, sino de mostrar brevemente, a partir de ejemplos concretos de esta historia, cómo realmente IGLESIA VIVA ha sido fiel a su proyecto de hacer teología que quedó pergeñado en su momento fundacional. Esta cuestión de la fidelidad al proyecto inicial no es accidental, sobre todo en tiempos en que se pone en tela de juicio cualquier pensamiento que no se pliegue al modo de pensar de los que mandan hoy en las instituciones eclesíásticas.

Primera etapa: 1966-1975. La recepción del Vaticano II

En esta etapa, como es obvio, la preocupación fundamental es acoger, comentar y difundir el Vaticano II. Sobre todo, teniendo en cuenta las resistencias peculiares que encuentra en nuestro país. Así como en otros sitios lo que más costó fue la reforma litúrgica, aquí los puntos conflictivos, teniendo en cuenta la mentalidad nacionalcatólica y la situación sociopolítica del tardofranquismo, las resistencias a la recepción del Vaticano II se presentaban en los puntos en que se tocaba la ética sociopolítica.

De aquí la primacía dada al comentario y aplicación de los documentos sobre libertad religiosa y a la *Gaudium et Spes* y posteriores encíclicas sociales, y el carácter de incidencia social y política que tuvo desde el

principio una revista que nació, sin embargo, con vocación teológica. Era su mismo método teológico el que le llevaba a primar ese centro de interés en la situación concreta. Se discutió entonces en el mismo consejo si se estaba abandonando la teología, pero dominó el parecer de que se estaba haciendo otra teología.

El interés por hacer teología concreta llevó desde el principio a huir del comentario escolasticista del Concilio, para coger de él las ideas claves y desentrañar su significado en la España del momento. Era la directriz metodológica que claramente señalaba J. I. TELLECHEA ya en el primer número:

«Creo que fue K. Rahner quien habló en Roma como de uno de los posibles peligros postconciliares, de un cierto *escolasticismo conciliar*; esto es, de ver en el Concilio una especie de ápice insuperable, que nos obligase simplemente a comentarlo sin fin y a comentar los comentarios, como en la Escolástica decadente. Posiblemente se refería al quehacer teológico. Mas el peligro apuntado abarca campos más amplios. La puesta al día en la industria o en la investigación nunca constituye una meta definitiva, sino una imperiosa necesidad de presencia y eficacia y un punto de partida siempre abierto a nuevos logros. Lo mismo pudiera decirse del Concilio. Su afán de modernidad, de sensibilidad al *hoy*, pertenece también a su estilo, y sería esencialmente frustrado si cayéramos en un fixismo o nos detuviésemos en sus resultados, en un hoy que rápidamente se transforma en un ayer» (1, 1966, págs. 15).

Esa insistencia en el HOY ha marcado el quehacer teológico de IGLESIA VIVA y el planteamiento de sus números. Poco a poco, tras los primeros titubeos iniciales, se fue encontrando la manera de hacer una síntesis armónica entre las tres instancias teológicas iniciales: estudio de las fuentes que señalan la identidad cristiana, promover caminos de renovación eclesial y dialogar con la sociedad a que estamos llamados a servir. Esta tarea podía dosificarse aportando diversos trabajos especializados disciplinarmente en secciones de cada número. O, como eligieron otras revistas, dedicando cada número a un campo del saber: Biblia, teología fundamental, dogmática, pastoral, Derecho canónico, etc.

Pero en este caso la tarea de pensamiento cristiano hubiese quedado parcelada, y difícil su aplicación a la realidad. La intuición fundacional antes comentada llevó rápidamente a la elaboración de números monográ-

ficos que cobraban su centro de unidad al abordar un problema concreto del HOY. Estos números se han pensado siempre desde una visión íntegramente interdisciplinar. El tema podía ser más directamente teológico, eclesiástico o social. Pero en cualquiera de ellos el HOY marcaba el centro de gravedad, y el tratamiento del problema era siempre a la vez sociológico, doctrinal y pastoral.

En su tercer año de publicación, 1968, IGLESIA VIVA presenta ya dos números estrictamente monográficos con esta concepción: *Las tensiones en la vida de la Iglesia* (13, 1968) y *Los cristianos en una sociedad española en evolución* (17-18, 1968). Ya tenemos en estos títulos la manera valiente y globalizadora de abordar los problemas. En los años siguientes serán números significativos los siguientes: *La secularización* (21) y *Futuro Concordato* (22), en 1969; *La contestación juvenil*, *La sociedad de consumo* y *El nacionalcatolicismo*, en 1970; *La revolución sexual*, *Iglesia y sociedad clasista* y *Tendencias actuales en el catolicismo español*, en 1971. En este último colaboraron desde la Asociación Sacerdotal del P. Claret y el Opus hasta un ex cristiano ateo y una creyente comunista que debía guardar por entonces el anonimato.

El año 1972 fue el de los expedientes y multas. *Crisis de fe en los cristianos comprometidos*, *Proceso a la Asamblea Conjunta y Educación y sociedad en desarrollo* tuvieron expediente y multa, llegando alguno de ellos al Supremo. Eran auténticos teólogos que se enfrentaban con problemas candentes: ALFONSO ALVAREZ BOLADO, analizando el proceso de crisis de fe de los mejores militantes cristianos; el grupo de OLEGARIO, ROUCO, FERNANDO SEBASTIÁN y SETIÉN, dedicándose a desmontar por falta de razón un documento enviado a los obispos españoles por la Sagrada Congregación del Clero, y RAFAEL BELDA, hablando de libertad de enseñanza en un número en que aparecía ya la firma de don ENRIQUE TIERNO GALVÁN.

IGLESIA VIVA, que había ya dedicado números extraordinarios (números 10-11, del 67, y 19-20, del 69) a sendas encíclicas de Pablo VI: la *Populorum Progressio* y la *Humanae Vitae*, que merecieron diferente acogida crítica, prestó mucha atención en 1973 a documentos del episcopado español que, vista desde ahora la historia, tuvieron gran trascendencia para el futuro desarrollo democrático de nuestro país. Dedicó dos números (43 y 44-45) a *Iglesia y Comunidad Política* y a las orientaciones sobre Apostolado Seglar, recogiendo otro de los obispos franceses sobre *Para una práctica cristiana de la política*. En ellos se afirma claramente la necesidad de un pluralismo político efectivo de los cristianos y deberían releerlos

quienes hoy echan de menos la fuerza democrática que tendría un voto católico unánime.

En este mismo año se publica un número (el 47-48) en que aparece por primera vez la expresión «HOY» para referirse a un tema que, por ser estrictamente teológico, podría ser tratado prescindiendo del análisis concreto de la realidad social: *Vivir en Cristo hoy*. En él colaboraron los principales cristólogos (JOSSUA, DUQUOC, GONZÁLEZ FAUS, entre otros), pero también psicólogos (FREIJÓ) e historiadores sociales (ARBELOA) para analizar cómo se vive hoy en concreto la fe en Jesús. Porque este nivel experiencial, personal e histórico, es el que ha interesado a IGLESIA VIVA cuando ha asumido los temas fuertes. Por ejemplo, posteriormente llevaban referencia expresa a la actualidad el tema de *Interpretación de la fe. Ni fixismo ni ruptura* (55, 1975), *La muerte en el pensamiento contemporáneo* (62, 1976), *La cuestión de Dios* (87-88, 1980), *La fe en Jesús hoy* (105-106, 1983), *¿Qué significa hoy creer en Dios?* (107, 1983), *Escatología y vida cristiana* (108, 1983), *Leer la Biblia hoy* (113, 1984), *Pecado: realidad y deformación* (124, 1986) y sobre todo el último, *Creer hoy en el Espíritu* (130-131).

Segunda etapa: 1976-1982. El proceso de democratización

Si en la primera etapa IGLESIA VIVA, a partir de la experiencia que estaban viviendo sus miembros en la sociedad y en la Iglesia, se centró en la recepción del Vaticano II por la colectividad española, en este segundo período se perfiló la tarea como un acompañamiento a la misma en el proceso de democratización y de homologación con las democracias occidentales.

El trabajo por la búsqueda de la identidad cristiana tenía que continuar como siempre, pero más que centrarse en el aplicación del Concilio o en la superación de la mentalidad nacionalcatólica o en la presentación de la investigación sobre fuentes de la teología, tenía que considerar ahora los nuevos retos que para la fe iba a presentar una sociedad abierta neocapitalista.

Más que de renovación de estructuras eclesiales, se veía necesario el «ayudar a la Iglesia a situarse en la condición común de los individuos y grupos de una sociedad democrática».

Y el diálogo con la cultura y la sociedad debía ir enfocado no ya a exi-

gir los derechos humanos, sino al empeño por la construcción de una democracia integral.

Creemos que nuestra reflexión, crítica, pero matizada, sobre *Cristianismo por el Socialismo* (52-53, 1974, y 60, 1975), al obligarnos, en tiempos confusos, a aclarar nuestro pensamiento y tomar colectivamente posición sobre un tema entonces casi tabú entre progresistas, nos unió como grupo y nos preparó para la nueva etapa.

Dos números pensados en conjunto: *Iglesia y poder en el capitalismo* (67-68, 1977) e *Iglesia y nueva sociedad* (75, 1978), centran la temática y los objetivos de esta época. Presentíamos que estábamos asistiendo a un momento en que la Iglesia tenía que definirse. Había tentaciones peculiares en esta coyuntura, que analizaba SETIÉN. Se iban a tener que hacer opciones de trascendencia en el modelo de Iglesia y de pastoral. Y pusimos todo nuestro esfuerzo en hacer análisis lúcidos y presentar modelos de una Iglesia de libre adhesión y de comunión que no renunciara a su institucionalización visible, pero sí al contagio humano de confiar demasiado en el dinero y en el poder, en poderosas instituciones confesionales que a la larga le quitarían libertad evangélica.

Aunque ya hemos citado otros números teológicos de esta época, a los que habría que añadir unos interesantes temas de moral, dominó la preocupación por los problemas y modelos de Iglesia. Y las palabras relacionadas con el cambio y la novedad son las que más salen en el planteamiento de los temas. *Actitudes pastorales ante el cambio* (58-59, 1975), *Iglesia y cambio* (61, 1976), *Alternativas para la enseñanza* (63 y 70, 1976 y 1977), *Problemas de una futura Constitución y Cristianos en nueva etapa constitucional* (71-72 y 81-82, 1977 y 1979), *Nuevos acuerdos Iglesia-Estado* (84, 1979), *Justicia y Paz para los ochenta* (86, 1980), *Socialismo y fe cristiana hoy* (89-90, 1981), *El futuro de la democracia* (101, 1982), etc.

En el número 86 RICARDO ALBERDI, cuando aún eran pocos los que se percataban del alcance de la crisis económica, ofreció un análisis de la profundidad, consecuencias y posibles salidas de la misma, que el tiempo ha confirmado plenamente. A él debe mucho IGLESIA VIVA. Su enorme saber en economía y sociología, su aguda perspicacia y su espíritu evangélico marcaron el trabajo colectivo. A él se deben los mejores estudios sobre cómo la realidad socioeconómica está condicionando la fe.

En esta época IGLESIA VIVA era considerada no sólo como una instancia eclesial, sino como pastoralmente realista. En las altas esferas de la Conferencia Episcopal era seguida con atención, se nos pedía frecuente-

mente colaboración ante las opciones pastorales planteadas. Ya observábamos entonces que se iban, como sin darse cuenta, tomando una serie de decisiones que decantaban la gran estrategia pastoral de la Iglesia española hacia el primado de las instituciones confesionales, que la configurarían como poder de influjo en la sociedad, por los mismos medios que otros grupos económicos o políticos. Pero no descartábamos que las propuestas de radicalidad evangélica y promoción de la corresponsabilidad pudieran no sólo ser utopía, sino vida de la Iglesia institucional.

Tercera etapa: 1982-1987. Ofensiva neoconservadora

Ya en 1979 IGLESIA VIVA publicó un número sobre *Papado, Iglesia y mundo de hoy* (83, 1979), y en él un artículo colectivo del Consejo de Dirección, precoz llamada de alerta frente a los aires que oteábamos. Acaba este artículo con estas palabras:

«Ojalá este diagnóstico sea equivocado y no exista tal vuelta atrás de los dirigentes de nuestra Iglesia, representantes natos de la institución eclesial. Ojalá no se busque “en Roma” la coartada para volver a posiciones preconciarias edulcoradas con lenguaje posconciliar. Si el diagnóstico fuera acertado, no se volvería otra vez a las tensiones y situaciones dramáticas de los años inmediatamente posconciliares. Ni el clero ni los laicos gastarían pólvora en salvas. Lo que previsiblemente sucedería —repetimos que no queremos pensarlo— sería un forzado “trabajo por libre”, difícil de soportar, y un consecuente desenganche general de amplios sectores que pasarían a hacer más espeso el ya excesivo desencanto de los cristianos» (pág. 487).

Este diagnóstico de involucionismo se ha ido confirmando respecto a la Iglesia y a la sociedad plenamente, y, desde luego, ha marcado en esta última época, profundamente, nuestro quehacer teológico.

En la vertiente de la búsqueda de la identidad cristiana han ido primando los temas espirituales y la iluminación teológica de una fe cristiana y una comunión eclesial compatibles con el disenso a estrategias pastorales dominantes en la jerarquía de un determinado tiempo o lugar.

Abandonadas las esperanzas de influir en la renovación de las estructuras eclesiales —diócesis, organismos pastorales, facultades y centros de estudios, pastoral sobre los condicionamientos sociales de conjunto—, la ta-

rea y preocupación eclesial se ha ido centrando en la atención a pequeños grupos que se apoyen y organicen en la resistencia, sin perder el espíritu cristiano ni ser agresivos contestatarios ni sentirse marginados amargados. El debate suscitado en Italia sobre el modo de situarse los cristianos en la sociedad, presencia confesional o fermento en la laicidad, nos interesa. Y seguimos considerando que en la base de diferentes actitudes eclesiales, está siempre, más que la doctrina, el diferente diagnóstico sobre la situación actual de la Iglesia, en conexión con la situación social y cultural del mundo.

Y la tarea respecto a la sociedad la hemos ido centrando en el análisis de las causas y consecuencias del neoconservadurismo vigente y del clima cultural relacionado con él y llamado «postmodernidad». El hecho de ser pobres y débiles como organización nos da más libertad para acompañar a los hombres en la crisis de hoy. Y la generalizada crisis del espíritu crítico, que era lo más característico y válido de la llamada izquierda, en vez de desanimarnos, nos alienta. Ahora es más válido que nunca el ideal de una democracia integral y una sociedad no dualizada. Si los que tienen fe y profesan la teología no siguen creyendo en la grandeza del sujeto humano y en su futuro, ¿quién creará ya en él?

En este contexto de intuiciones y convicciones, que poco a poco se ha ido haciendo común entre nosotros, han ido surgiendo diversos números, más o menos conseguidos, que ahí están. Porque el quehacer teológico de una revista no es como el de una persona que escribe un libro. Se trata de elegir temas, pensar en ellos, preparar un esquema para el tratamiento adecuado y elegir autores apropiados. En esta tarea expresa su pensamiento la revista. Después el resultado depende de imponderables, a veces ajenos a los que formamos el Consejo.

Ya en 1981, tras una reunión con un grupo de colaboradores, programamos y publicamos *Expectativas y decepciones en la Iglesia del Postconcilio* (93). Y más recientemente han seguido esta línea de reflexión *Lecciones de un viaje papal* (104, 1983), *La Iglesia española en tiempo de crisis* (107, 1984) —en el que se publicaba nuestras «Afirmaciones para un tiempo de crisis», documento del Consejo de Dirección que mereció una contestación pública del fundador de IGLESIA VIVA y secretario del Episcopado—, *Modelos y proyectos de Iglesia en España* (112, 1984), *Lo que queda por hacer del Vaticano II* (120, 1985) y, sobre todo, lo que pretendíamos que fuera nuestra reflexión más de fondo para el momento presente de la Iglesia: *Comunión y pluralismo eclesial* (127, 1987).

Podría pensarse que hay una actitud demasiado negativa en nuestros

planteamientos de Iglesia. No podemos despreocuparnos de ella ni ignorar la buena voluntad y esfuerzo de los que la gobiernan con no pocas dificultades de arriba y abajo. No renunciamos a arrimar el hombro en tareas pastorales de base, cada uno en su ambiente y sus posibilidades. Pero tampoco entendemos nuestra tarea teológica como coro áulico ni queremos que los temas *ad intra* acaparen exclusivamente nuestra atención.

Por eso hemos procurado construir números de reflexión teológica encarnada sobre los principales problemas del momento, que rápidamente enumeramos: fundamentación de la moral; la democracia, en crisis; el socialismo hoy; la dialéctica poder y utopía; la economía; los movimientos ecológicos; la marginación y la política social; los problemas de la mujer, y, sobre todo, el tema de la paz y la militarización de la sociedad. En estos temas es donde creemos que hay que estar presentes, dialogando y sirviendo a los hombres, nuestros hermanos. Y en estos temas de nuestras sociedades occidentales quisiéramos ver a la teología y a la Iglesia entera.

IGLESIA VIVA tiene una historia y una línea, y el grupo que hoy la llevamos adelante creemos que ha sido en lo sustancial fiel a un origen que la impulsó a examinar con rigor el HOY siempre renovado de la historia colectiva. Pero estamos continuamente replanteando nuestra misión y nuestro quehacer teológico, y quisiéramos hacerlo cada vez más en grupo. Por eso hemos pensado en este número sobre *Hacer teología hoy en España* invitar a un grupo de teólogos y proponer junto con ellos lo que podría ser un trabajo teológico hoy y aquí. Tal vez empiece así —se verá después— una nueva etapa.

3. ALGUNAS CONVERGENCIAS NECESARIAS PARA UNA TEOLOGIA ESPAÑOLA CON FUTURO

En medio de la pluralidad y diversidad de tendencias y talentos teológicos actuales se hace cada día más urgente encontrar algunos puntos de convergencia, que hagan posible una teología española con futuro. La atomización y la creciente precariedad de personas, instituciones y medios instrumentales al servicio del pensamiento cristiano así parecen aconsejarlo.

Nosotros quisiéramos esbozar, con sencillez y brevedad, algunos puntos de convergencia que, lógicamente, son discutibles. Sin embargo, con

toda sinceridad, nos parece incuestionable el lugar hacia donde apuntan: la convergencia y el consenso evangélico de unas teologías y de unos teólogos al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia.

Una teología inculturada en la realidad española

La teología española debe huir de todo talante mimético que la conduzca a adaptarse, por el simple atractivo de la moda, a la corriente de pensamiento teológico dominante en cada momento histórico. Lógicamente deberá vivir abierta a los cuatro vientos del pensar humanista y teológico. Pero si quiere ser fecunda deberá arraigar en el suelo de *esa* realidad cultural española de la que forma parte.

Para ello, los teólogos deberemos comprender desde dentro que la experiencia histórica vivida y protagonizada por nuestra sociedad constituye algo así como «una zarza ardiente», a la que es imprescindible acercarse con lentitud y respeto para contemplarla larga y hondamente antes de pasar a «interpretarla» y a «transformarla». Lo contrario, comprenderla desde fuera e interpretarla con la contundencia de la verdad clara y distinta, produce los mismos efectos que «un elefante entrando en una cacharrería».

Una teología afectada por el dolor de los pobres

La teología española, si quiere servir a su sociedad, deberá dejarse afectar realmente por los gemidos de los que sufren, y entrecortar su discurso por la voz enronquecida de los empobrecidos. Los ocho millones de pobres y empobrecidos constituyen *el gran «reparo escatológico»* a la homologación democrática española. Así, la teología dinamizará su saber no sólo con el asombro que le produce la contemplación del misterio de Dios en el misterio del hombre, sino también con la indignación a causa de la injusticia humana y con la compasión del dolor de Dios en las cruces de los hombres.

La percepción de ese «gran reparo» contribuirá grandemente a que la teología española sea consciente de sus responsabilidades históricas, y jerarquice y priorice sus temas de reflexión y sus campos de investigación.

Una teología pensada desde la matriz eclesial

La teología española debe mantener, de un modo real y no meramente intencional, la comunidad eclesial como matriz nutricia. La teología, como lenguaje sobre el Dios Vivo, únicamente es posible si se hace desde comunidades vivas, en las que la fe pensada es primeramente fe vivida y «sabida». Y esto reclama *un teólogo inserto* en la vida real de las comunidades eclesiales. Es ahí donde lo más hondo de su pensamiento se valida, se ratifica o se rectifica. La teología, como servicio ministerial de la comunidad cristiana, es algo que, más que proclamarse como tal, ha de verificarse permanentemente.

Una teología proclamada en el espacio público de la sociedad civil

La teología española, si quiere recuperar audiencia social, ha de conquistar el espacio público de la sociedad civil. Las facultades y las revistas específicas de teología son hoy espacios muy acotados, a los que únicamente acude una clientela endogámica. Los teólogos españoles necesitamos, por tanto, salir de los terrenos familiares de las aulas y de los formatos de las revistas. E intentar la arriesgada aventura de «descender a los infiernos» de los medios modernos de comunicación de masas, productos de cultura, que tan extraños nos parecen y tan difíciles de manejar nos resultan. Probablemente, para ello deberemos aprender a desembarazarnos de nuestros encorsetamientos y envaramientos sagrados, y a desenvolvernos en otros tipos y estilos de lenguajes teológicos.

Una teología libre en su pensamiento

La teología es un ejercicio creyente propio de los hijos de la libre. La teología española debe reclamar para sí un clima de libertad eclesial como aquel que proclamaba el Sínodo de 1971:

«La Iglesia reconoce a todos el derecho a una conveniente libertad de expresión y pensamiento, lo cual supone también el derecho a que cada uno sea escuchado en espíritu de diálogo, que mantenga una legítima variedad dentro de la Iglesia.»

Pero, al mismo tiempo, los teólogos españoles deberemos ejercer con fortaleza y coraje la libertad interior en nuestra búsqueda de la compren-

sión más adecuada de la verdad revelada. Esa libertad será la mejor expresión de nuestra comunión eclesial, y contribuirá, sin duda alguna, a mejorar nuestro servicio a la comunidad creyente.

Una teología que se fortalece en la resistencia

Los vientos culturales y eclesiales anuncian la presencia de la ofensiva neoconservadora. Nuestro ahora parece un tiempo de resistencia contra la desesperanza, y de sumisión a las condiciones adversas que nos ha tocado vivir. La teología española debe cumplir con su función de colaborar en la resistencia y cambiar en la medida de lo posible las condiciones históricas.

Los teólogos españoles de hoy debemos aprender de la historia. La profundización en la identidad cristiana, el ahondamiento en el misterio de la Iglesia y el establecimiento de puentes fraternales con la cultura laica fueron las tareas que ayer, en otros tiempos de «resistencia y sumisión» ocuparon y colmaron la vida de aquellos grandes teólogos —Congar, Chenu, De Lubac, Rahner...— que hicieron posible el Concilio. Aquel laborar y profundizar la verdad cristiana en la resistencia fortaleció la teología hasta el punto de producir frutos insospechados.

Una teología que se elabora en el diálogo interteológico

La teología española está necesitada de una mayor comunicación y de un diálogo más profundo entre los teólogos. Es hora de superar las actitudes recelosas y las políticas descalificadoras, que nos esterilizan y empobrecen.

En este número IGLESIA VIVA ha invitado a teólogos de diversas concepciones y metodologías a exponer su pensamiento sobre el quehacer teológico. Nosotros también lo hemos expuesto. Hemos intentado así, como lo hacemos en otros números, establecer puentes de comunicación entre diversas concepciones.

Converger, hacer confianza, escucharse mutuamente y dialogar libre y fraternalmente es condición indispensable para poder elaborar un pensamiento teológico a la medida de las circunstancias históricas.

Al servicio de todo ello está, y queremos que esté cada vez de una forma más consciente e intensa, el modesto instrumento de la revista IGLESIA VIVA.